

Hasta no hace mucho tiempo, tanto el personalismo como la antropología filosófica, eran dos corrientes de pensamiento —por demás, estrechamente vinculadas entre sí— casi desconocidas en nuestro país. En la actualidad, en cambio, todo parece indicar que el interés que despiertan entre los estudiosos de la Bioética en nuestro medio, es creciente, pues cada vez se hace más evidente que no estamos ante meras especulaciones de carácter intelectual o confesional, sino que ambas contienen respuestas convincentes y esperanzadoras a los grandes interrogantes que se plantea el ser humano de inicios del siglo XXI, constituyen herramientas útiles para la búsqueda de sentido —y de consenso ético— y, en suma, ofrecen una guía para nuestra existencia y nuestro crecimiento como personas. Y esto es así, porque tanto el personalismo como la antropología filosófica —que constituye, en gran medida, su fundamento— se remiten a la realidad del hombre, para fundar cualquier juicio ético. La moralidad —entendida como actuación virtuosa— surge siempre en la subjetividad de la persona, en lo que llamamos su conciencia, entendida como *acto de la inteligencia de la persona, que debe aplicar el conocimiento universal del bien en una determinada situación y expresar así un juicio sobre la conducta recta que hay que elegir aquí y ahora*¹. Pero esa actuación no puede ser evaluada correctamente como buena o mala, sin tener en cuenta sus efectos sobre aquellas otras personas a las que va dirigida, so pena de caer en el subjetivismo moral. En el caso del agente de salud, por ejemplo, toda evaluación de su conducta deberá tener en cuenta el bien de la persona enferma, que acude a él (a ella), en busca de ayuda.

En una época en la cual la tendencia al normativismo se hace cada vez más patente, es importante no perder la capacidad de encontrar y defender, de manera convincente, razones válidas que justifiquen una determinada opción ética. Y esa es la posibilidad que nos aporta la bioética personalista: el juicio ético no puede establecerse solamente a base de normas o principios estrictos, porque es un ejercicio de la razón y, por lo tanto, debe ser entendido como apertura al ser, a la realidad humana en sí, teniendo siempre como meta la búsqueda de la verdad moral. Esto último es un aspecto muy importante de la cuestión que venimos analizando: la verdad no se posee; se busca. Y esa búsqueda debe ser conjunta: interpersonal e interdisciplinaria, porque no la encontraremos sólo mediante el esfuerzo personal sino, sobre todo, por medio del diálogo, en común-unió con otras personas. Para ello, es necesaria la disposición a aprender (poner en práctica la humildad intelectual a la que nos llamaba el padre de la bioética, VR Potter); pero también el esfuerzo y la perseverancia. Pero, por encima de todo, no puede olvidarse que la verdad nunca puede imponerse; sólo puede ser asumida libremente y, para

ello, debe mostrarse en todo su esplendor, pues *la verdad ilumina la inteligencia y modela la libertad del hombre*². En su sentido más profundo, la verdad está ligada necesariamente a una visión holística de la vida y de la persona: determina el sentido de la vida en general y el de la vida de cada uno de nosotros en particular, así como de nuestras acciones: es el sentido de estas, lo que les dota de verdad.

En ocasiones anteriores, en esta misma sección, nos hemos referido al tema del sentido. Forma parte de nuestro ser de personas la necesidad de saber que todo lo que hacemos y todo lo que nos sucede, es por algo; es decir, que tiene un sentido. Y es en la búsqueda de ese sentido que se basa la indagación de nuestro ser de personas y la búsqueda de la plenitud, lo cual constituye la esencia de lo que llamamos dimensión espiritual. Pero sólo cuando esa búsqueda está orientada hacia el bien, libre y conscientemente querido y se lleva a cabo mediante acciones moralmente lícitas, estará verdaderamente encaminada al crecimiento de la persona: *Sólo el acto conforme al bien puede ser camino que conduce a la vida*³. Esta es la clave, para el personalismo, de la moralidad: la ordenación racional y libre de los actos humanos hacia el bien en toda su verdad; el bien de todas las personas y de toda la persona.

En estos tiempos en que *el género humano, admirado de sus propios descubrimientos y de su propio poder, se formula con frecuencia preguntas angustiosas sobre la evolución presente del mundo, sobre el puesto y misión del hombre en el universo, sobre el sentido de sus esfuerzos individuales y colectivos, sobre el destino de la humanidad*⁴, las propuestas del personalismo, basadas en una sana antropología filosófica, que tiene en cuenta al ser humano en todas sus dimensiones, parecen ser la mejor respuesta a esas angustiosas interrogantes. Llevar esas propuestas a nuestros lectores, ha sido, durante todos estos años, la contribución de nuestra revista al diálogo bioético en nuestro país. Desde estas páginas, invitamos una vez más a las personas de buena voluntad, a recorrer con nosotros el camino en busca de la verdad, para encontrarla juntos.

Que así sea.

¹ SS Juan Pablo II. Carta enc. Veritatis splendor. N° 32, 1993.

² Idem, prefacio.

³ Idem, N° 72.

⁴ Const. Past. Gaudium et spes del Concilio Vaticano II, sobre la Iglesia en el mundo actual. N° 4.